

## NÚM. V

### SÓCRATES.

(470 — 400 ANTES DE JESUCRISTO.)

La evolución del pensamiento filosófico no puede estudiarse en ningún pueblo mejor y más completamente que en el griego, en donde la tuvo natural, uniforme, indígena y donde decayó por su propia índole. Qué parte tuvo el Oriente en la primitiva cultura de los Griegos, es cuestión que permanece todavía indecisa, militando tantos argumentos á favor de quien la impugna por entero, como de quien sostiene haber sido grandísima. Los primeros conocimientos de ella parece que habría que buscarlos en el templo; pero de las religiones, tales cuales llegaron á ser en Grecia, bien poco podían aprovecharse los filósofos griegos. Porque aquella mitología, trasformando el sentimiento místico oriental, se dirigió á lo bello, á lo sereno, á lo humano; sus dioses fueron personas habitantes de la montaña del Olimpo, y ligadas con los hombres por odio y amor, más bien que por la Providencia. El dogma tradicional de la unidad no se había extinguido ciertamente, pero se hallaba confuso en tales términos que la filosofía, cuyo oficio es precisamente encontrar el principio uno, no lo pudo desarrollar sino en pugna con la religión. Por esto algunos de los primeros filósofos se bafaron de las creencias dominantes, como Jenófanes, Heráclito, Anaxágoras; otros trazaron una cosmogonía independiente de ellas, como Parménides y Empédocles; Aristóteles sostuvo (1) que no tenía cuenta investigar con seriedad las doctrinas mitológicas de los antiguos teologizadores; Platon se valió de ellas, pero como símbolos, y dándoles una interpretación completamente arbitraria. Los pitagóricos, secta religiosa y custodia del arcano, se aplicaban más bien al culto privado. Sobre los misterios se halla extendido un velo hasta ahora impenetrable, y queda gran duda de si tendrían conexión con doctrinas más elevadas. Pudiera ser que hombres reflexivos, disgustados de la

(1) *Met.* III, 4.

religión popular, la cual no satisfacía ni al espíritu ni al corazón, y que á menudo ofendía el sentimiento moral, buscasen alguna cosa mejor en un culto secreto, sin tomarse la pena de mejorar el público. Esto removería toda idea de unidad de creencias, y quizá conciliaría la estimación que algunos le profesan con el desprecio que otros no disimulan.

Esta oportuna emancipación de la razón individual de las tradiciones, favoreció el progreso de la filosofía, que en un principio se ejerció con aquel vigor de juventud que prodiga sus fuerzas aun sin objeto determinado. En efecto, en aquel primer período todo es inconexo y á fragmentos; las ciencias no se hallan distinguidas entre sí; la sabiduría era ciencia, de donde salió el nombre de los Siete Sabios; hasta que algunos pensadores más robustos fundaron escuelas, que crecieron contemporáneas, pero cada una independiente.

La Jonia, que dió el primer poema y la primera historia, vió también nacer una filosofía, ocupada únicamente en las cosas físicas, y en las morales tan solo por accesorio, y que por consiguiente no hizo estimación sino de la experiencia. Pitágoras llamó á la filosofía amor de la sabiduría, con lo cual la constituyó una ciencia general que contempla y juzga á las demás. También examinó lo creado, siendo natural que los fenómenos suministren la primera ocasión de filosofar; pero no bajo un aspecto material y de puras observaciones; antes bien para buscar las leyes y la armonía en los principios del mundo, con arreglo á una determinación moral del bien y del mal. Por tanto, los Jónicos indagan el cómo, los pitagóricos el por qué, y ponían por objeto el mejoramiento del hombre. Según ellos, el orden del universo es el desarrollo armónico del primer principio, no en belleza externa, sino en virtud y sabiduría. La armonía del mundo, aunque imperfecta, fué ordenada conforme á ideas morales, y deja aparecer la justicia y la

oportunidad, ó la virtud y la sabiduría. El ordenador de este mundo reservó premios y penas en el otro á particulares almas.

Otro de los caracteres de la doctrina pitagórica es el de dar por base á los fenómenos naturales las ideas matemáticas; por lo que, tratando de determinar todos los fenómenos del mundo por vía de ciertas ideas, base de la armonía y esencia de todas las cosas, abría el paso á la investigación de lo suprasensible; suponía que todas las cosas se componían de un elemento que dominaba el uno, número principio, que es todo, y en que todo está, y que comprende no solo la unidad, sino también la multiplicidad. Estas unidades son todas semejantes, ni sus diversidades aparentes provienen sino de los intersticios. El vínculo que las mantiene adherentes es la armonía. No solo el universo visible sino también la virtud están en la armonía, esto es en templar las pasiones y ponerlas de acuerdo con la razón.

Poniendo lo suprasensible por principio de lo sensible, provocaron los pitagóricos las investigaciones de los principios racionales de las cosas. Después solo á lo suprasensible se dirigía la escuela eleática, distinta de la jónica y de la pitagórica en cuanto que no creía digno de ninguna atención lo sensible. Esta fué la primera tentativa de rectificar el modo del conocimiento sensible por medio de las ideas puras de la razón, ó sea de reducirlas á su verdadero valor; fué la primera vez que el elemento especulativo del pensamiento se distinguió del empírico, preparándose de tal manera la conciencia á la veraz idea de la filosofía.

Más la poca importancia asignada por los eleáticos á la moral (ya que no valuamos de tal á una piedad sacerdotal) impidió que distinguiesen suficientemente lo absoluto de lo relativo; y en la tentativa de reunir las ciencias físicas y las morales, llegaron hasta la identidad absoluta, al panteísmo. Tales se muestran Jenófanes, Parménides, Meliso, y el más conocido, Zenon. Habiendo viajado este con Parménides á Atenas, combatió á la secta jónica con sus mismas armas, para impugnar la pluralidad. Primeramente se valió del diálogo al exponer sus doctrinas, partiendo de aquello que se reputa verdad, como hacen los dialécticos; habilísimo en demostrar con forma científica lo contrario de las cosas. Con esto demostraba que el admitir la pluralidad, conduce á absurdos no menores que el admitir únicamente la unidad.

En la escuela jónica domina, pues, la doctrina de que toda cosa verdadera se encuentra en un constante desenvolvimiento; y prosiguiendo resulta, que la razón es lo que domina y ordena todo el curso de los fenómenos. Los pitagóricos conciben el mundo como un desenvolvimiento verdadero, en que lo armónico debe perfeccionarse por oposición á lo indeterminado, y á lo determinado, al mal y al bien; lucha sin la cual no se da vida. Los eleáticos se aplican aun más á la razón, y fuera de ella, nada

reconocen verdadero; miran á aquella como el ser, bien que no la distinguen claramente de lo natural y corpóreo; mientras que la distinguen completamente de lo sensible, ya que los sentidos se engañan. Por lo tanto, niegan toda contingencia y deben conducir al escepticismo.

La escuela jónica había nacido fuera de Grecia y poco se extendió en ella; la pitagórica nació en Italia; la eleática resplandeció en Atenas con Zenon y Parménides. Anaxágoras y otros atomistas se acercaban á ella. Pericles, Callias y otros políticos la escucharon, pero pocos prosélitos hizo, y jamás penetró entre la muchedumbre.

Esta reseña muestra ya la pujanza del genio griego, que sin esfuerzo recorría el intervalo que existe entre la forma y el pensamiento, y dando á la ciencia todo el poder de un arte, borraba hasta la diferencia que separa la verdad de la poesía. Aquellos filósofos procuran abarcar cada uno la totalidad de la inteligencia y hacer sistemas del mundo; el espíritu se hallaba en continuo trabajo de construcción; la sutil sagacidad no perjudicaba á la fecundidad de la imaginación; la análisis era creadora, y la crítica era inventiva.

Sin embargo, su actividad no iba dirigida sino por una curiosidad vaga é indefinida; aspiraban á coordinar en aparente armonía los elementos de aquellos sus sistemas, hechos para contentar la imaginación, y cuyo dominio positivo y legítimo no se cuidaban de conocer, ni de designar sus confines. Nació de ello una turba de cuestiones contradictorias é interminables; porque eran irresolubles por naturaleza, como que partían de puntos exclusivos; hipótesis levantadas á diestro y siniestro y destruidas casi al momento tan completamente que á duras penas las puede reconstruir en el día una crítica imparcial y extensa.

Semejante exclusivismo daba de sí que debiesen arruinarse cuando se reunieran. Y la tentativa de aproximarlas y de hacer que unas influyesen en otras, fué la obra de los sofistas.

Á la palabra sofista suele acompañar una idea de desprecio; pero la historia no desprecia nada á no ser la cobardía. Es mérito de ellos el haber vulgarizado los conocimientos, en un principio patrimonio de unos cuantos, y haber dado á los conocimientos especulativos una aplicación práctica. Los sofistas tenían escuelas con las cuales regularizaron una educación teórica por toda la Grecia, y recorriendo las ciudades daban á los jóvenes y aun á los adultos aquella instrucción que requería el espíritu vivaz de los Griegos. Y no suministraban lecciones de ciencias especiales sino de práctica y de aplicar las teóricas dispensadas por la filosofía; procuraban sobre todo formar políticos, y llamaban sabiduría el conocer lo que hace poderosos entre los hombres y en el Estado. Moral, política, elocuencia, eran, pues, las artes más cultivadas por ellos; artes poderosas en un tiempo en que tocaba á la tribuna aquella pre-

eminencia que hoy cabe á la palabra impresa.

Ademas de haber mejorado la lengua y el sistema de educacion, bastante merecieron con haber abarcado toda la ciencia del hombre, y vuelto hácia el hombre su contemplacion; con lo cual encaminaban á una filosofia que se propusiese examinar cada pensamiento con relacion á la idea de la ciencia, tanto respecto á la forma cuanto á la materia.

Mientras prevalecia, pues, en todas las filosofías la consideracion de lo objetivo, y poquísimos se concedía al conocimiento y al pensamiento científico, los sofistas fijaron su mirada sobre la intencion subjetiva del pensamiento. Solo que, considerando la ciencia únicamente como obra de arte, no buscaban el conocimiento absoluto, y debían verse extraviados por sus mismos principios y modos.

Vagando de ciudad en ciudad no encontraban en todas aquellas variadas legislaciones ningun punto fijo elevado para juzgar cuál fuese la verdadera; por lo cual de todas dudaban, y concluyeron que ningun derecho nacia de la naturaleza, y sí únicamente de la ley (1). Así desaparecía la creencia en la verdad, y no habiendo ya objeto de la vida para gente que deja de creer en la posibilidad de aquella, no quedaba mas que un ciego amor á la fama, fundada en el talento de la sutileza y del estilo.

La ontología de entónces sacaba todo de los sentidos, de lo cual no podía deducirse sino que nada hay fijo, ni aun la moral. Por esto llegó á ser la retórica el arte de persuadir de una proposicion, fuese esta la que fuese.

Ilustres representantes de esta secta fueron Gorgias Leontino, celebrado hasta las nubes por sus contemporáneos, y ávidamente buscado, y Protágoras, que dijo que en cuanto á los dioses no sabía si existían ó no, que todo se resuelve en una diversidad infinita, no siendo nada en sí, sino relativamente á las demas cosas. Lo condenaron, pero no sé que lo refutasen.

Estos filósofos no se complacían, pues, sino en demoler, y estudiaron las escuelas precedentes con la infeliz mira de aniquilar la filosofía por medio de la filosofía misma, y sustituir á ella el talento de la palabra. Y paso á paso dando cada vez en peores manos, se hizo del instrumento un fin, no habia verdad que no se pusiese en cuestion, y derribada la fe, nada se ponía en su lugar (2).

La duda, cuyo germen habían esparcido los primeros filósofos, se había desarrollado hasta el punto de asegurar que nada hay cierto, y que el hombre mas sabio es aquel que ha renunciado á la esperanza de la verdad. De la union entre las máximas teóricas y la actuacion social derivaron los públicos perjuicios y la de-

(1) Τὸ δίκαιον καὶ τὸ ἀσεχρὸν οὐ φύσει, ἀλλὰ νόμῳ. PLATÓN in *Gorg.*, y en otras partes.

(2) La mejor apreciacion de los sofistas ha sido hecha por SANTIAGO GEEL, *Historia crítica sophistarum qui Socratis velate Athenis floruerunt*. Utrecht, 1825.

clinacion de una república hasta entónces en extremo floreciente. En todos los pueblos se dan ciertos momentos en los cuales el oropel alcanza mas estimacion que el oro, hasta que una desventura general viene á advertirles que el vano relumbrar exterior no engendra otra cosa sino debilidad y cobardía, y que al hombre está reservado un destino mas alto que el goce material.

Entre aquella oscilacion de oposiciones no quedaba mas que una via: atenerse al bien práctico; oponer la persuasion del orden moral y de la verdad. Esto hizo Sócrates (47 años de G.) y bastó para que la ciencia volviese á tomar su sendero.

Los antiguos caracterizaron á la escuela de Sócrates diciendo que se hallaba en oposicion con las otras y que estas se ocupaban de la naturaleza y aquella de la moral. Con todo, entre los socráticos se dan sistemas de lógica y de física, y no de otro modo podía encontrarse el reposo filosófico sino con ver una ciencia única, la del conjunto de la naturaleza. Los primeros filósofos habían procurado aquella identificacion con suponer una sustancia única y material. Pero en breve les advertía la conciencia que la razon no es una fuerza de la naturaleza, y entónces demolian ellos mismos sofisticamente el mundo que habían descubierto de la conciencia refleja. Mas para salir de las aberraciones del pensamiento científico, era menester adelantar la ciencia distinguiendo la moral de la física material y panteísta; la ley del espíritu de la de la materia; de modo que el lado moral del mundo hallase su legítimo puesto enfrente de la naturaleza.

Por esto Sócrates, si bien quiso *conocer a todos los predecesores, y cuanto enseñaron Anaxágoras y Arquelaos*, se aplicó mayormente al lado moral que había sido hasta entónces el mas descuidado. Esto no bastaba á satisfacer al espíritu, ávido de la científica unidad, y se habrían puesto en contienda entre sí dos ciencias, cada una de las cuales que propendía á la misma generalidad. Para llegar á esto era necesario penetrar en las indagaciones lógicas y dialécticas, á fin de que desde la elevacion del pensamiento científico se pudiese discernir la necesidad de abrazar á la vez en la inteligencia la naturaleza y la razon. Á tanto se dispuso Sócrates buscando el valor científico del pensamiento, el conocimiento de sí mismo como ser pensante, y el someterlo todo á la luz de la ciencia universal, en términos de que cada conocimiento pudiese juzgarse una rama necesaria en el árbol de la ciencia. Con esto se despojaba del carácter individual de las escuelas precedentes.

Por tanto, con asegurar que « no sabía mas sino que no sabía nada, » no formulaba el escepticismo, sino que contradecía el descarado dogmatismo de los sofistas, los cuales hacían profesion de ignorarlo todo; mientras él no enseñaba ciencia alguna, sino á pensar bien, á

conocerse á sí mismos; esto es, el valor moral de las propias acciones, y el valor científico de los propios pensamientos. Por tanto, él impele la actividad racional á tomar en cuenta los actos prácticos, y sobre ella funda la idea de la ciencia, pareciéndole que el hombre debe encontrar en sí el conocimiento de las cosas que importan á la vida.

¿Qué método empleaba para esto? desenvolver el pensamiento científico aun en las cosas de leve importancia; examinar un pensamiento por todas sus fases y combinaciones posibles. Esto incluye la suposicion de que cada ramo del saber representa un todo y no varía á capricho, y Sócrates fué el primero que mostró, que toda nocion, por mas que sea imperfecta, debe contener el concepto de la ciencia. Parte, pues, de ideas generalísimas, consentidas por todos; pasa á la idea intermedia, mostrando con cuáles se podía coligar la cuestion propuesta y con cuáles no; y así de una primera concesion viene por inducciones á obligar á otra que no se esperaba.

No estableció escuela, no compuso lecciones, no escribió nada; discutía paseando. La patria le suministraba el lenguaje mas bello del mundo; la conversacion, las finuras del aticismo; la libertad oyentes por las calles, hasta la cortesana y Simon el zapatero. Filosofaba de improviso sobre aquello que se le proponía y con arreglo al sentido comun, y siendo eminentemente práctico, posponía al conocimiento de sí mismo las doctrinas científicas.

Interroga á uno sobre cualquier punto, y luego que ha notado su no bien segura opinion, procura suscitarle una duda, y lo induce á buscar por sí algo mejor. Acepta la mas débil respuesta, y prefiere las nociones vulgares, mostrándose él mismo ignorante y rogando se le instruya. La dialéctica es, pues, su método general, el particular la ironía.

Quando el interlocutor ha manifestado su propia opinion, Sócrates saca de cada punto una conclusion del todo inesperada, esto es, no combate la proposicion, pero muestra que se halla inclusa en ella otra absolutamente opuesta; le revela las consecuencias de aquello que cree verdadero, y cómo las proposiciones creidas por él firmísimas encierran consecuencias que el sentido comun condena.

Así convenía de que ellos no sabían nada, y confesaba no saber nada él mismo; no concluía nada, pero enseñaba á extraer del concreto las ideas abstractas, y á hacerlas accesibles á todas las inteligencias, y de un caso particular conducía á desenvolver las ideas generales que se hallan contenidas en nuestra conciencia, sin que ella lo sepa, por vía de la reflexion, llevando á lo bello, á lo verdadero. Hacía, en resumen, de comadre, sacando de la conciencia de cada uno las ideas que virtualmente se hallan en ella comprendidas, lo abstracto de lo concreto, le general de lo particular: y en segundo lugar analizaba lo general y las determinacio-

nes del pensamiento, y mostraba su coincidencia con lo particular y lo concreto. Una sola afirmativa deducía él de estas sus dudas; el bien, que la conciencia saca de la conciencia; el bien, como causa final y objeto del individuo y del mundo. Así con la mayor sencillez representaba lo que hay de mas elevado.

El punto capital consistía entónces en formar políticos y hombres aptos para los negocios, siendo la patria el todo para los Griegos. Por tanto Sócrates daba por regla de las acciones particulares las leyes del Estado (1); y aquellas otras no escritas que todo el mundo tiene, y que por esto no pueden ser sino de origen divino.

Del respeto de los Griegos á estas leyes no escritas y sin tiempo hay un trozo de oro en Sófocles. Creonte reprende á Antígona por haber se pultado á su hermano á pesar de la prohibicion; ella responde: « Tal prohibicion no me fué impuesta por Jove ó por la Justicia que se sienta al lado de los dioses del Averno, los cuales imponen honrar con la sepultura los despojos de los fenecidos. No creí que tus decretos tuviesen mas fuerza que las leyes de los dioses, seguras y no escritas, que no desde hoy ó desde ayer, sino á través de todos los tiempos están en vigor, y no hay quien sepa cuándo salieron á luz (2). »

Y Sócrates también las reverenciaba, y por medio de ellas refutaba ya desde entónces el *contrato social*. Hé aquí un ejemplo:

SÓCRATES. ¿Conoces tú algunas leyes que jamas hayan sido escritas?

HIPIAS. Sí; aquellas que en todo país son observadas.

SÓCR. Y ¿podrías decir que hayan sido hechas por los hombres?

HIP. ¿Cómo lo he de decir? En primer lugar, es imposible que todos los hombres se reúnan; y en segundo, no hablando la misma lengua, no podrían entenderse.

SÓCR. ¿Por quién crees, pues, que hayan sido hechas?

HIP. Soy de parecer que las hayan dado los dioses á los hombres (3).

Y porque entónces se lanzaban los jóvenes á politiquiar contra viento y marea, tuvo una vez Sócrates esta conversacion, que no será inoportuna tampoco en nuestros tiempos.

Gláuco, hijo de Ariston, de unos veinte años de edad, había emprendido hacerse orador, deseando presidir la ciudad; y teniendo muchos allegados y amigos, nadie podía hacerle desistir, no obstante que el tribunal lo echaba abajo y que era ridículo. Pero Sócrates, que lo quería bien por consideracion á Carmídes, hijo de Gláuco, y por respeto á Platon, lo hizo desistir por sí solo.

Porque habiéndolo encontrado, lo paró al principio, á fin de que quisiese escucharlo, con

(1) JENOFONTE, *Mém.* IV, 4, nº 12, 13.

(2) V. 450.

(3) I, cit. nº 49.

estas palabras: « Gláuco, ¿ piensas presidirnos? »

GLÁUCO. Así es, Sócrates.

SÓCR. Bella cosa, si alguna hay en la vida humana. Porque es evidente que si obtienes eso, podrás conseguir cuanto desees; te hallarás en disposición de favorecer á los amigos, levantarás la casa paterna, engrandecerás la patria, serás celebrado, primero en la República y despues en toda la Grecia, y quizá, como Temístocles, hasta entre los Bárbaros; y do quiera te encuentres por todas partes serás ilustre. »

Oyendo Gláuco este modo de hablar, engrióse, y se paró de buena voluntad. Despues de esto: « Por supuesto (dijo Sócrates) es cosa clara que si quieres, oh Gláuco, ser honrado, es menester que proporciones á la República alguna utilidad.

GLÁUCO. Certísimo.

SÓCR. Por los dioses, pues, no seas reservado, ántes dime, ¿ por qué principiarás á hacer bien á la ciudad? »

Y puesto que Gláuco callaba como reflexionando entónces por dónde habia de principiar, « ¿ No es verdad (dijo Sócrates) que así como si quisieses hacerlo mas rico, así te esforzarias en hacer mas rica á la ciudad? »

GLÁUCO. Seguramente.

SÓCR. ¿ No sería ella mas rica si se le aumentasen mas ingresos? »

GLÁUCO. Así parece.

SÓCR. Dime, pues, ¿ de dónde provienen á la ciudad las rentas, y cuántas son? Porque es cosa clara que tú has meditado este punto para suplir á ellas cuando fueren escasas, y si van faltando, para agregar la adquisicion de otras nuevas.

GLÁUCO. En verdad, sobre eso no he hecho consideracion alguna.

SÓCR. Pero si has descuidado eso, dime al ménos á cuánto ascienden los gastos de la ciudad. Porque seguramente tú piensas en dar por el pié á los superfluos.

GLÁUCO. Es que tampoco he parado nunca la atencion en eso.

SÓCR. Entónces dejemos para otro tiempo el enriquecer la República. Porque, ¿ cómo es posible que pueda cuidar de estas cosas quien no está informado ni de los gastos ni de los ingresos? »

GLÁUCO. Pero se puede enriquecer la República con lo de los enemigos.

SÓCR. Si por cierto, y muchísimo, si uno es mas fuerte que ellos; pero si es inferior en fuerzas, tendrá que poner aun de su bolsillo.

GLÁUCO. Dices bien.

SÓCR. Es necesario, pues, que el que está para deliberar contra qué enemigos necesitará combatir, conozca las fuerzas de la ciudad y las de sus adversarios, á fin de que si se encuentra mas fuerte, pueda aconsejar que se emprenda la guerra, y si ménos que los adversarios, persuada que se proceda con cautela. Dime, pues,

primero las fuerzas de tierra y las navales de la República, y luego las de sus contrarios.

GLÁUCO. Yo no sabré decírtelo así de memoria.

SÓCR. Bien, si lo tienes por escrito sácalo, porque lo escucharía de muy buena gana.

GLÁUCO. No he escrito nunca ni aun esto.

SÓCR. Tratarémos, pues, en otra ocasion desde su principio la deliberacion de la guerra, porque quizas por lo vasto de este asunto, como tú has principiado recientemente esta prefectura, no has podido hacer su exámen todavía. Pero en cuanto á las guarniciones de este territorio, sé que te has ocupado de ellas, y sabes cuántas son convenientes y cuántas no, y cuántos soldados bastan á guarnecerlas y cuántos no bastan, y que estás deliberando aumentar los puestos necesarios y suprimir las supérfluas.

GLÁUCO. En verdad yo las quitaría todas por la razon de que custodian nuestro territorio, de tal modo que mas bien sirven para saquear la campiña que para otra cosa.

SÓCR. Pero si se quitan los presidios, ¿ no te parece que quedará á quien quiera la libertad de robar? ¿ Y has ido tú mismo y has hecho esa averiguacion? ¿ ó cómo has sabido que hacen de mala manera el servicio? »

GLÁUCO. Me lo figuro.

SÓCR. ¡ Ah! con que es decir que tambien sobre este particular habrémos de decidir cuando no nos lo figuremos sino que tengamos certeza.

GLÁUCO. Mejor será así.

SÓCR. Y á las minas de plata sé que no has ido para poderme decir de qué proviene que actualmente producen ménos que ántes.

GLÁUCO. Verdaderamente no he ido á ellas.

SÓCR. Se dice en verdad que el sitio es de malos aires; por tanto, cuando ocurra deliberar sobre esto, te será bastante esta misma excusa. Pero yo sé que no has echado á un lado, ántes por el contrario, que te has entretenido sobre este otro asunto, esto es, por cuánto tiempo basta á alimentar nuestra ciudad el grano que se cria en nuestra campiña, y cuánto necesita aquella para todo el año, para no encontrarte á ciégas de si la ciudad carece de ellos; sino que hallándote con datos puedas, proveyendo á lo necesario, socorrerla y salvarla.

GLÁUCO. Me dices una cosa inesperada: ¿ tambien de eso se ha de cuidar? »

SÓCR. No puede uno administrar bien, ni siquiera su propia casa, si no sabe todas las cosas de que esta carece y no las suple. Mas puesto que la ciudad consta de mas de diez mil casas, y es difícil cuidar de tantas á la vez, ¿ cómo no has cuidado de aumentar primero la sola casa de tu tío? porque se halla necesitada. Si logras aumentar esa, emprenderás lo mismo en muchas otras. Pero si no puedes proporcionar beneficio á una sola, ¿ cómo podrás beneficiar á muchas? Si uno no pudiese con un talento, ¿ no es claro que ni siquiera debe probar si puede con muchos? »

GLÁUCO. Yo podría beneficiar la casa de mi tío, si él quisiera crearme.

SÓCR. De modo que no pudiendo persuadir á tu tío, ¿ juzgas poder hacer que todos los Atenienses juntamente con tu tío te obedezcan? Ten cuenta, oh Gláuco, no sea que deseando hacerte famoso des en el extremo opuesto; No ves qué peligro hay en hacer y decir cosas que no se saben? Piensa en cuantos otros conoces de esta manera, á quienes se ve decir y hacer lo que no saben, y repara si te parece que de tal modo consiguen mas bien alabanzas que vituperio, y si se les mira mas bien con admiracion que con desprecio. Piensa despues en aquellos que saben lo que dicen y lo que hacen, y hallarás, como creo, que en todas las acciones los que son celebrados y admirados son del número de los peritísimos, y que todos los que tienen mal nombre y son despreciados, son del de los imperitísimos. Si, pues, deseas fama y admiracion en la República, haz ante todo por hallarte enterado de las cosas que te propongas hacer. Porque, si siendo en ello superior á los demas, emprendieras á manejar los intereses de la República, no me maravillaré de que salgas fácilmente con lo que te propongas (1). »

Echelon en cara á Sócrates aquel dicho suyo de que *de la ignorancia proviene todo pecado* (2). En efecto, si la virtud es ciencia, no á todos será dado alcanzarla; si es especulacion intelectual, no pertenece á la voluntad, sino al entendimiento. Con todo, el absurdo cesa, toda vez que por ciencia se entienda, como él hacía, el conocimiento de sí mismo. Y en verdad, si se prescindie del estado sobrenatural á que la gracia eleva al hombre, no se da ningun elemento infinito, salvo en la razon humana. Dios es luz de la razon y de él saca el alma el ser y el conocer. Las ideas son entes que sobreviven al cuerpo, y que los estóicos dijeron despues que se identificaban con Dios. En este sentido, la intuicion de las ideas constituía para Sócrates la virtud y la felicidad; ellas eran los dioses; en cuyo modo venian á confundirse la contemplacion con la accion, la ciencia con la virtud.

En consecuencia, el bien moral, la perfeccion á que Sócrates aspiraba, no perecian con el cuerpo; y por esto era un bien la muerte, la cual nos volvía á reunir con aquellos dioses. El cólmo de la virtud está, pues, en emanciparse cuanto sea posible del cuerpo no obedeciéndole, y desear salir de él cuanto ántes. De modo que para Sócrates la virtud es un ejercicio continuo del morir, y nada significa el mérito de vencer los obstáculos. Hé aqui por qué Bruto y Caton se mataron despues de haber leído el *Tratado de la inmortalidad*.

Las vicisitudes personales de Sócrates importan á la historia, no como anécdotas, sino como parte y resultancia de su doctrina, y complemento y revelacion de ella: por esto nos la conservaron los antiguos, tan negligentes en lo general para revelar la vida interior.

(1) JENOF. op. c. III, 6.

(2) *Ibid.*, 9, núm. 4.

Sócrates no salió casi de Aténas; pero entónces refluían en esta, como en un centro, los sistemas, despues de haberse formado en la periferia, y el genio ático adquiría el conocimiento del objeto científico. No creyó él que el estudio dispensase de los deberes de ciudadano, así que peleó y con valor. Su amor á la justicia y á la patria parece que debieran haberlo impelido á la política; pero él quería por una parte hacer oposicion á la manía entónces comun de ingerirse en la cosa pública, y por otra declaraba que su mision era la de educar la juventud, verdadera base de la administracion de todo Estado. Para su otro intento de desenmascarar la falsa doctrina y las robadas reputaciones de los sofistas y de los políticos, le convenia mantenerse apartado, para no tener visos de émulo y de envidioso.

Sometida la patria á los treinta tiranos, fué del Senado, cuerpo que habia sustituido á las asambleas populares. No creía, pues, deber de un buen ciudadano eludir las magistraturas cuando la patria es esclava, pues de tal modo quedarian abandonadas á los hombres malos. Mostróse siempre firme contra las exageraciones de los aristócratas que habian subido al poder; pero por lo demas huyó de las ocupaciones públicas. ¡ Tantos otros las codiciaban! y él tenia una ocupacion de que los otros no se cuidaban; la de conocerse á sí mismo.

Los biógrafos las mas de las veces son panegiristas, y como estos, se empeñan en que su héroe (así lo llaman) sea perfecto, y perfecto en aquella manera que ellos lo entienden, de aquí es que en Sócrates no saben reconocer defectos, ó atribuyen estos defectos al modo de ver y á los tiempos. En realidad Sócrates era eminentemente griego, y griegos sus defectos y sus virtudes. Por tanto estas se le presentaron únicamente bajo el aspecto de la política; fuertes en procurar lo mejor á los amigos y lo peor á los enemigos (1); y aun cuando soportaba las injurias de los enemigos y no quería vengarse ilegalmente, de su apología traspiran sentimientos bastante distantes de los benévulos.

Se interesaba mucho por los jóvenes como por quienes no estaban impregnados de opiniones preestablecidas; pero su cariño hácia los mas bien parecidos dió lugar á acusaciones. Sus adictos lo purgaron de ellas; pero esta es otro revelacion de las costumbres de entónces, en que los jóvenes y los viejos se hallaban mas á nivel en el libre amor de las mujeres, y en que la galantería que con estas no se usaba se volvía en cierto modo á los mancebos. Esto explica tambien sus tertulias en casa de las famo-

(1) Ademas de Jenofonte, op. c. II, c. XII, nº 2; c. III, nº 35. Aristóteles dice (*Rhet.* II, 3): *Και διὸ Σωκράτης οὐκ ἴση βαδίζεν ὡς Ἀρκέλαον. ὕβριν γὰρ ἔσθι εἶναι τὸ μὴ δύνασθαι ἀμύνασθαι ὁμοίως εἰς πάντα ὥσπερ καὶ κακῶς.* Tambien Esquilo en *Prometeo* (v. 970) dice: *οὕτως ὕβριζεν τοὺς ὑβρίζοντας κρείων.*